

En busca de cordura

POLÍTICA ES COMEDIA, COMEDIA ES POLÍTICA

Sopa de ganso (Duck Soup, 1933), de Leo McCarey



Aristófanes no ha dejado de fabricar fieles a lo largo de los siglos. Para sus comedias políticas el punto de partida siempre fue una situación real llevada al absurdo –fuera un decreto que prohibía el comercio en *Los acarnienses* (425 a.C.) o la exacerbación de lo judicial en *Las avispas* (422 a. C.)–, y tampoco importaba cuán hiperbólicos fueran representados los rasgos de los personajes originales, pues siempre había modo de reconocerlos a partir de su deformación, precisamente para que el público pudiera reírse de ellos. Nada ha cambiado en este sentido. La reciente interpretación de Christian Bale en la piel de Dick Cheney no hace si no trazar una vez más esa línea a través de los siglos hasta los exponentes griegos de la farsa política, tanto Aristófanes como, al decir de Aristóteles, el “inventor de la parodia” Hegemón de Tasos. Desde que las civilizaciones se organizan políticamente, la política siempre ha sido, en gran parte, una cuestión de comedia.

Hay algo liberador, extraordinariamente sano y estimulante, en el gesto de reírse de los que nos gobiernan o lo intentan, de los rocambolescos mecanismos que conducen a decisiones trascendentes para el porvenir social o de la estulticia y el absurdo sin fondo que a veces sentimos que realmente se ha instalado en la clase política. No es tanto la política como los políticos, y su trastocada credibilidad como gestores de lo público, lo que entró en crisis hace ya al menos una década, además del tratamiento mediático que moldea la imagen de los dirigentes y candidatos en función de intereses variados, y que en los últimos tiempos parece haber perdido todo filtro moral. Si es que alguna vez lo hubo. La parodia y la farsa se han multiplicado a su alrededor como mecanismos de reacción y comprensión frente a lo difícilmente comprensible, pero también, y eso siempre ha estado ahí, como otra forma más de ejercer la crítica y la denuncia políticas. Y así nos vamos acostumbrando a encontrar algunos de los más atinados (y serios) juicios críticos sobre lo que acontece políticamente en el mundo en las formas del humor. La ética parece disputarse en otro territorio.

La tradición de la farsa política es amplia y profunda, y por supuesto el cine también se ha tomado el humor (político) en serio. Incluso antes de que el mismísimo Groucho Marx asumiera el cargo de Presidente de la República de Freedonia en *Sopa de ganso* (Leo McCarey, 1933), para acabar metiendo a su país en guerra, las lecturas irreverentes, las caricaturas paródicas, los mecanismos del absurdo y las visiones proféticas del ruedo político se han convertido en un subgénero propio en cinematografías de todo el mundo. No es difícil proyectar el espíritu de Groucho en el desquiciado Sacha Baron Cohen que, bajo la dirección de Larry Charles, interpreta al tirano de la República de Wadiya en Nueva York o a un reportero de Kazajistán, enfrentando el delirio con la realidad y poniendo en cuestión los métodos tradicionales de intervención política.

Fueran Chaplin o Berlanga, Forman o Stekillos, Birri o Ashby, Wilder o Kubrick, Renoir o Sturges, desde la sátira o la farsa, desde el humor negro o el blanco, desde la militancia o el nihilismo, desde la empatía o la repugnancia, siempre se ha tratado, con humor, de provocar el desequilibrio, de quebrar aunque sea temporalmente el *statu quo* para que a partir del aparente desorden resurjan otras formas de ver y de reflexionar sobre el juego político. El cine nos ha concedido la posibilidad de entrar en los despachos de poder que tan distantes parecen estar del ciudadano, y que acaso empecemos a sospechar que los absurdos en realidad no lo son tanto. Si el ciudadano ya no confía en los juegos políticos, si ya no se cree sus promesas, si solo encuentra crispación y engaño, que al menos pueda seguir riéndose de ellos. En el Cine Doré lo podrá hacer durante nada menos que tres meses, el tiempo que se extenderá el ciclo “Política es comedia”. Y es que algo de cordura no le vendrá mal a nadie en las semanas que se avecinan. ●

Carlos Reviriego
Director de Programación
Filmoteca Española